Abrigar la Llama en Pentecostés

Para quienes luchamos por *abrigar la llama*, la solemnidad de Pentecostés nos aviva un anhelo: el deseo de una luz clara y vivificadora; luz que marca un destino y luz también para recorrer el camino; luz para elegir; luz cegadora de claridad última; sobredosis de luz en el final, pero luz también –sombra siquiera de la luz– en el trayecto.

Llama que nos queme sin consumirnos, que nos espolee sin abrasarnos de forma estéril. Nosotros mismos luz para otros. Ansia de luz. Nostalgia de luz que evidencia que la hemos sido.

Descubro en estos días de mayo, en las mañanas tempranas de cielos azul purísima y en las tardes que se alargan perezosamente, una peculiar luz dorada que se posa sobre las horas y las cosas. Repaso con la yema de los ojos la belleza extrema de las flores blancas. Efímera delicadeza. Flor de cinamomo, de escayu, de espinos; flor de los frutales retrasados por los fríos y la lluvia; potencia de flor en los sanjuanes que romperán cuando se pierda junio. Descubro sin dificultad la belleza de las cosas, la fragilidad de la seda que inunda el aire cuajándolo de hilos. La danza de las hierbas humildes que mece el nordeste.

Soy capaz de vez la belleza que me rodea. Y sin embargo me sabe a poco. Y hasta me duele.